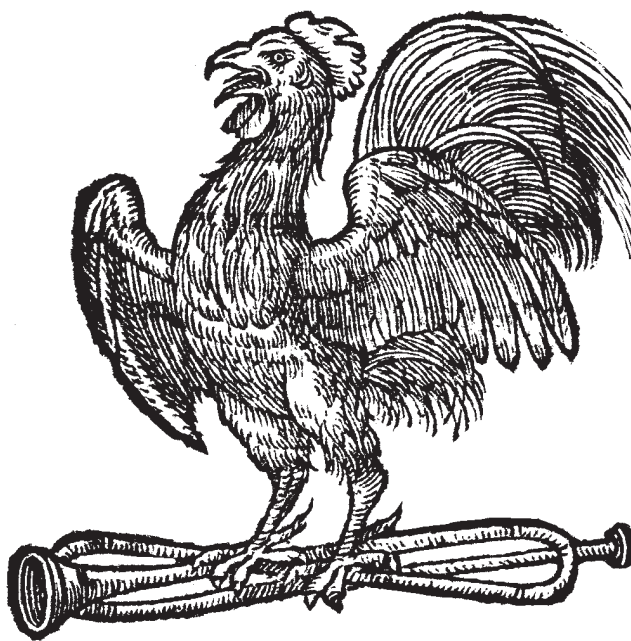


Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 2

El club

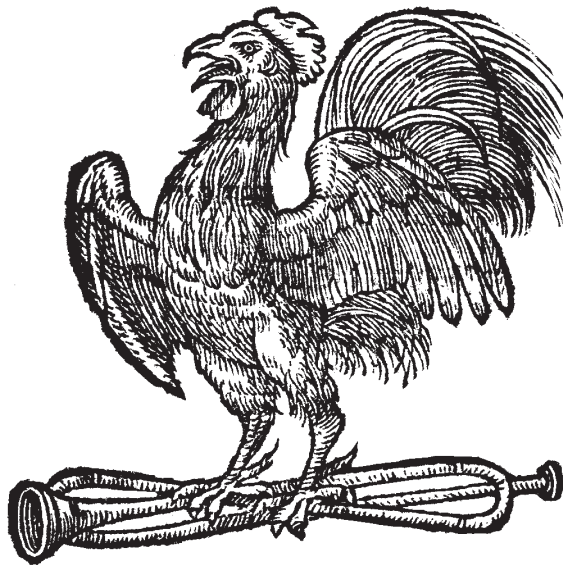


Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 2

El club



Frente al número 7 de la avenida de la universidad, Silvestrín detiene bruscamente su agitada marcha. Con el bofe a punto de ser expulsado por la boca —pues a pesar de que se encuentra en buena forma física, acorde con los dictados de su mentor espiritual, la suya ha sido una carrera vertiginosa, digna de todo un récord mundial—, observa con suspicaz curiosidad el exterior del local que luce en su fachada el bíblico número. Una puerta doble que se abre al exterior, lujosamente barnizada de un color negro reluciente y con ribetes de

color rosa en los adornos de madera, luce maciza y señorial bajo un elegante letrero de luminoso neón con el nombre del club.

El fino trabajo que ha hermanado en armoniosa comunión las letras redondillas del nombre del club y el dibujo exclarecedor que lo avala merece la total aprobación de Silvestrín. El artista soplador del vidrio que ha dado forma a tan abigarrado anuncio ha utilizado además diferentes gases para conseguir mejor las precisas tonalidades del plumaje del pájaro hablador, por lo que se le puede considerar casi un científico. Observa complacido Silvestrín los espectrales colores emitidos por los gases cautivos, y agradece a sus profesores el que sus conocimientos de mecánica cuántica le permiten esta clase de eruditas observaciones. El acentuado contraste entre la popular exposición de frutas y verduras nacionales de la tienda de ultramarinos así como los vivos colores de la bandera nacional de las puertas del estanco, todavía cerrado, y la castellana sobriedad de la puerta del elegante club hacen meditar a Silvestrín sobre lo mucho que debe todavía modernizarse el país.

Las manillas doradas y los enormes clavos, bruñidos y refulgentes, que tachonan la negra puerta toda a su alrededor, le confieren, visto desde el exterior, un aspecto de lugar consagrado a la meditación y a la religiosidad. Actividades ambas con las que sin duda está relacionado el hecho de ser éste un lugar bien conocido de don Santiago, hombre de acendradas virtudes morales y constantes prácticas religiosas. El curioso nombre de ‘El loro azul y carmesí’ debe tener sin duda algún tipo de connotación bíblica o hagiográfica que Silvestrín no alcanza todavía a comprender.

Con el corazón palpitando por la emoción de lo que promete ser una elevada experiencia emocional, y posiblemente religiosa, Silvestrín aprieta con fuerza la vacía caja de los termómetros, avanza decidido hacia la puerta, atrapa con mano sudorosa pero firme la manilla, que aparece fría y metálica a su tacto, y tira con fuerza hacia afuera hasta conseguir abrirla. Justo a tiempo de escuchar la voz del tendero, vestido con un delantal blanco impecable, que dice claramente: ‘¡Pues sí que madrugan algunos crápulas para mojar!’, frase ininteligible para Silvestrín que no detiene su camino.

Franqueada la puerta, un agujero negro como boca de lobo se abre ante él, lo que su mente siempre inquisitiva atribuye sin duda al contraste entre la prístina luz de la mañana que luce en el exterior y la total ausencia de iluminación en el interior. Agita su mano derecha frente a sus ojos y siente el contacto de una tela áspera.

Una débil línea roja, que sus ojos consiguen finalmente distinguir, le indica que se trata de una cortina, hábil elemento de decoración que separando ambientes, sin duda anticipa un espacio interior más recogido y sereno. Descorre con decisión renovada la cortina y ante sus ojos atónitos se presenta un espectáculo nunca antes presenciado por él.

El cuarto interior, del tamaño del salón de la casa de sus padres, se encuentra apenas iluminado por tres bombillas de sesenta vatios coquetamente encerradas en tulipas de cristal decorado con flores de un color rojo chillón. La débil iluminación confiere un aire lúgubre a la habitación. El oscuro papel floreado, en tonos plateados, que cubre las paredes ayuda un poco a disipar la sensación de ambiente tétrico que domina el lugar, que a Silvestrín le recuerda la capilla de los santos mártires, sita en la catedral viaje, en los oscuros días invernales.

– Siéntate, que enseguida te atienden –le dice casi sin mirarle una mujer que se encuentra detrás de un mostrador mientras le señala una silla que se encuentra junto a una pequeña mesa redonda. Obedece Silvestrín, que se ha quedado mudo de la sorpresa.

Desde su puesto de observación privilegiado, puede observar el local. Un pequeño mostrador, mucho más elevado sobre el suelo que el que su señor padre tiene en su tienda, corre a lo largo de la pared izquierda del cuarto. Tras él, una mujer de altura considerable – Silvestrín toma a su querida madre como modelo femenino de virtudes y hechuras, y tiene que reconocer que la mujer tras el mostrador es considerablemente más alta que su progenitora, lo que sin duda se debe a una procedencia extranjera, deducción que su cabello de color amarillo pálido parece confirmar, pues la raza española se distingue en la hembra por un cabello de color negro ala de cuervo (aunque tal vez esta señorita sea una descendiente de aquellos alemanes rubios con los que el emperador Carlos I repobló las tierras previamente arrebataadas al infiel musulmán)–, se entretiene con la mirada perdida en secar vasos altos con un trapo de indefinido color marrón. La débil luz rebota sobre los marfileños hombros desnudos de la mujer y le devuelven a Silvestrín nacarados reflejos. Esta exhibición de suave piel femenina incomoda por un instante a Silvestrín, cuya idea del recato en la mujer es la una coqueta toquilla colocada sobre la rebeca que tapa la camisa que cubre dichos hombros. Pero el sofocante calor que reina dentro del cuarto explica a sus ojos el que en estas condiciones la mujer lleve a cabo sus presumibles obligaciones laborales con abun-

dante superficie epidérmica expuesta a la sudoración para así mejor transpirar y conseguir mantenerse más fresca en el tórrido ambiente. A espaldas de la ocupada mujer, varias filas de botellas, algunas con muy poco líquido en su interior, recorren la pared. El fino olfato de Silvestrín detecta la presencia de alcohol etílico diluido en agua en el ambiente.

En el otro lado del mostrador, es decir, en el de los que reciben los líquidos alcohólicos vertidos en los altos vasos por la señorita de deslumbrante fachada –un tropo que su progenitor musita a veces cuando pasea, sin la madre de Silvestrín a la vista, por la avenida principal de la ciudad y que suele coincidir con el paso cimbreante de una mujer de amplias perspectivas pectorales–, un sacerdote, vestido con una elegante sotana que le ciñe la cintura y le llega hasta el suelo, se encuentra apoyado en el mostrador en una postura extraña, retorcido como el serpentín de un alambique. Supone Silvestrín que el buen cura, debido sin duda a sus ocupaciones profesionales, estará catando diversos vinos de misa para mejor consagrarlos después, sacramental obligación ésta a la que parece que el sacerdote se ha entregado ha poco con pasión, pues el sacerdote suelta un hipido ebrio de vez en cuando –lo que Silvestrín reconoce porque son los mismos que da su tío Braulio cada primero de mayo poco después de libar media botella de tostadillo y poco antes de arrancarse por ‘Asturias, patria querida’– y trastrablilla sin llegar a perder el equilibrio.

Pero pronto observa Silvestrín que éste hace un gesto para que la mujer tras el mostrador –de imponente frontispicio, locución que su padre reserva para el edificio del Banco de Santander y para la vecina del cuarto izquierda cuando enfila salerosa el mostrador de su tienda–, añada al vaso un líquido oleoso de color verde fosforescente que surge de una botella de cristal traslúcido. El sacerdote hace un gesto de dar la extremaunción a un combinado de menta –como el ojo experto de un hijo de un honrado dispensador de licores no puede dejar de observar–, *peppermint* y angostura. Al parecer ha sido esta mezcla la que ha ejercido un efecto benéfico sobre el habla y la expresión corporal del cura, que se cimbreaba en la barra del mostrador con grave peligro de dar con sus huesos en el suelo a la vez que musita plegarias con voz gangosa. A su lado sobre el mostrador reposa su largo sombrero de teja y la parte baja de su elegante sotana barre parte del serrín del suelo. Como para probar el efecto que su pastoral bendición ha tenido sobre el brebaje, el cura se lleva el vaso a los labios y da un trago largo, ávido. El líquido verdoso que se cuela

por su garganta parece reconfortarle, pues comienza a entonar una cancioncilla de inconfundible sabor eclesial. La tonada le suena a Silvestrín como si fuera una jota aragonesa pero cantada en latín gangoso.

– Más mujeres virtuosas como vosotras y menos beatas pedorras es lo que necesita este país –logra apenas entender Silvestrín del habla inarticulada del clérigo, ya muy trabajada por la piperita–. Blancas manos bondadosas que nos lleven hacia el cielo por el camino de la verdad y la bondad –concluye el cura con sorprendente claridad antes de darse otro lingotazo del verde brebaje.

Las dulces palabras del hombre de religión, pronunciadas con notable sentimiento, reconfortan a Silvestrín, que, a la vista de la descocada mujer, estaba empezando a pensar que aquel sitio no era lo que en su primera ojeada había supuesto.

Recuperado de la desasosegante impresión de ver a la mujer alta vistiendo un ceñido –y por momentos inexplicablemente turbador para un Silvestrín que nunca ha visto tan poca cantidad de tela en un vestido–, corpiño rojo, concepto éste directamente relacionado con la vestimenta íntima femenina que ha conocido gracias a sus consultas clandestinas, y algo pecadoras, de la enciclopedia publicada antes de la Cruzada que su prudente progenitor guarda en el sótano de su casa, cuyos dibujos son de una calidad y finura de trazos excelsa. Deduce así Silvestrín que la buena mujer debe ser una desvergonzada francesa, raza cuyos representantes del género femenino son particularmente conocidos por su afición a las prendas de vestir confeccionadas con exiguas cantidades, efecto colateral de aquella sangrienta revolución que asoló un país otrora tan cristiano. El efecto asociado a la mínima cantidad de ropa utilizada en la confección de tan provocativa prenda es la presencia turgente y desafiante de la mitad superior de unos pechos que Silvestrín sólo ha entrevisto en aquellos carteles que guarda secretamente su tío padrino Braulio y que muestran a una señora con el pecho izquierdo al descubierto portando la bandera tricolor de la república –visión evocadora y perturbadora que viene a la mente de Silvestrín cuando su padre se refiere a la ‘contrahecha república’, adjetivo que, en su opinión, difícilmente se puede asociar a una señora cuyas formas orondas son de griegas proporciones–. Evidentemente, sus primas de Cáceres no entran en esa categoría de mujeres descocadas, pues bajo la tensa prenda superior de sus bikinis –los mismos desde hace tres años– lo que se oculta pudorosamente a la pública contemplación son sólo glándulas mamarias con efectos nutricios de

la futura prole que engendren para el mejor servicio a la patria (al menos eso le ha respondido su confesor cuando le ha comentado el extraño y desasosegante efecto que le produce la doble visión de las turgencias juveniles de sus parientas extremeñas).

La mujer tras el mostrador, entregada de nuevo a la limpieza de vasos, le observa ajena a estos pensamientos, pero no hace ningún comentario, como si fuera lo más natural del mundo que entraran los parroquianos y se quedaran mirando con la boca abierta y esperando tranquilos sentados a la mesa. Detrás de la mujer del corpiño rojo, la estantería llena de botellas de extrañas formas sorprende de nuevo su atención. Este tipo de recipientes no le resultan extraños a Silvestrín, pues la tienda de su padre también surte a su selecta parroquia de afamados caldos, desde los bien ponderados tintos de la vitivinícola región por antonomasia de La Rioja hasta los blancos vinos ambarinos del Priorato –que con su toque de aguja son inmejorables para beber frescos y así mejor degustar un buen marisco, como su padre nunca deja de señalar a sus distinguidos clientes–, pasando por los claretes de Cigales, de recias reminiscencias castellanas, sin olvidar especialidades regionales tan afamadas como el Jerez, gracia y salero de Andalucía, todas ellas muestras del buen hacer enológico de nuestros industriosos bodegueros y de la feraz diversidad vitífera de nuestras tierras. Su siempre diligente padre ha añadido a éstas variedades portuguesas tan afamadas como el vino de Oporto, hermanado con los caldos gaditanos a través del hombre de la capa –bien que a través de la industriosa actividad de los muy inteligentes hijos de La Gran Bretaña, cuyo gusto por los vinos portugueses del norte y los españoles del sur es proverbial– cuyo anuncio capero y sombrerero se yergue majestuoso a lo largo y ancho de nuestra extensa red de carreteras, haciendo noble competencia en la ilustre tarea de añadir sabor hispano a nuestros campos con ese toro que luce gallardo explícito escroto y que representa por antonomasia la fuerza de lo hispano, amén de a una afamada marca de brandy.

Sin embargo, una cuidadosa observación de las garrafas, indica a Silvestrín que son líquidos con alto contenido alcohólico lo que allí está guardado, desde los británicos *whiskeys* hasta los afrancesados *cognaques*, pasando por algunas especialidades locales de dudosa digestibilidad, como esa botella con la forma de las casas colgantes de Cuenca cubierta de polvo que debe contener alguna pócima imbebible. Pero cuando ya está Silvestrín a punto de desesperar de encontrarse en suelo patrio, observa en la pared derecha de la habitación

un cartel a todo color de Freixenet, que reza exultante ‘el más fino y de mejor paladar de los espumosos españoles’, notable verdad de la que él mismo puede dar fe, pues en las pasadas fiestas de Navidad, don Crispulo descorchó una de estas afamadas botellas, dando a Silvestrín a probar tan delicioso vino espumoso. Pero lo que más llama la atención de Silvestrín en el referido anuncio de pared del justamente apreciado cava de San Sadurní de Noya –y no San Sadurni d’Anoia, en periclitada grafía de algunas botellas que guarda su padre y que fueron embotelladas antes de la Cruzada, en plena contrahecha república– la nave espacial, de impecable factura nacional y dotada de dos potentes alerones y una cabina que remeda la de un avión, que se dirige hacia una Luna hoyada de cráteres. La leyenda ‘A la era actual de la desintegración del átomo y de la bomba de hidrógeno, seguirá la era de las conquistas interplanetarias. Sólo es inmutable la calidad de Freixenet’, llena de orgullo profesional a Silvestrín, que empieza a sospechar que se encuentra en un recinto de alta valoración científica. Junto a este cartel, otro anunciando la Lejía Conejo, le parece a Silvestrín que indica el afán de limpieza que debe imperar en este local.

Y como curiosa respuesta celestial a sus dudas y reflexiones, observa cómo del fondo del salón surge moviéndose como alma que lleva el diablo un hombre embutido en un arrugado impermeable marrón claro, aunque el día luce luminoso en el exterior, con un sombrero de ala ancha que ha debido conocer tiempos mejores pues luce tan arrugado como la gabardina, y un paquete de trapos atropelladamente atado bajo el brazo, firmemente sujeto con la otra mano. El rebujo, alargado y ceñido con cuerdas de esparto llenas de pelos –¡qué contraste, nota Silvestrín con pena patria, con las cuerdas plásticas recién llegadas de la Alemania Federal!–, resulta estrambótico en manos del elegante caballero, quien, por la forma clandestina en que procede, moviéndose a lo largo de la pared y bajándose nervioso el ala de sombrero, parece que no quiere ser reconocido por la selecta parroquia del local.

Aunque el hombre del atado tiene prisa, repara en el cura apoyado en la barra. Éste, ante la sorpresa mayúscula de Silvestrín, parece sacudirse la borrachera que hasta hace unos instantes su tambaleante cuerpo predicaba y se lanza como un felino a por el paquete que el tipo huidizo aprieta contra el pecho. El hombre de la gabardina se aparta con agilidad gatuna de un salto y el cura cae tan largo como es sobre el suelo de baldosas, con un sonido seco que indica que su cabeza ha sido

la primera parte de su cuerpo en tomar contacto con el duro suelo, desmintiendo así su engañosa anterior apostura de tigre. Su cuerpo queda inerte formando una mancha negra sobre el sucio suelo, Pero el inútil movimiento del cura no ha sido en vano, pues ha obligado al individuo que huye a levantar la cabeza, con lo que al siempre ojo avizor de Silvestrín no se le escapa la faz malencarada del sujeto, que no es otra que la cara picada de viruelas y barba rala del profesor Gonzalo Bezno de Cubil, verdadera bestia negra de la asignatura de óptica. La mirada de genuino odio que le lanza el profesor no le pasa desapercibida a Silvestrín, pues ambos mantienen una pugna sorda desde que el profesor tuvo que ponerle a él un sobresaliente en su examen de Óptica Geométrica, verdadero baldón para un profesor que lleva a gala tener diez calabazas como diez soles formando un campo de gules rampante en su no homologado árbol genealógico y que reserva las matrículas de honor de su asignatura para los hijos de los jerarcas del régimen.

La visión huidiza de don Gonzalo abandonando apresurado el local con aquel extraño bulto bajo el brazo, pronto le hace volver a Silvestrín a la ciencia, mientras observa de nuevo el anuncio del cava. Él sabe que científicos americanos han conseguido desintegrar el átomo, gracias a los conocimientos adquiridos en unos libros que su tío Braulio, le ha aportado —con el permiso de don Crispulo y previa lectura por su párroco de cabecera—, pues don Santiago, no es partidario de la teoría atómica y, dado su ascendiente intelectual sobre el claustro de profesores, ésta no se explica en la facultad. La teoría energeticista de científico alemán Ostwald es la preferida de don Santiago, como catedrático de Termología, tanto por su riguroso desarrollo germánico como por su impresionante poder predictivo, algo que, a decir de él, no han logrado teorías todavía no bien asentadas como la atómica o corpuscular, por mucho que ancianos comunistas como Albert Einstein las defiendan y hayan llegado incluso a publicar algún artículo al respecto.

La referencia en el cartel a la bomba de hidrógeno logra llevar el desasosiego por un instante al corazón de Silvestrín, pues ha sorprendido a su tío y a su padre cuchicheando sobre la posibilidad de que los rusos —esos bolcheviques de las estepas asiáticas sedientos de sangre cristiana y violadores implacables de ninfas nibelungas cuando osaron hoyar a sangre y fuego la noble tierra de La Gran Alemania—, hayan conseguido hacer explotar un artefacto de estas características. Menos mal que el comentario, como siempre cert-

ero, del Caudillo: ‘Una explosión así se consigue poniendo mucha dinamita junta y haciéndola explotar’ –buen conocedor él mismo del desarrollo actual de la ciencia, lector atento de este tipo de publicaciones e inventor en sus ratos libres, así como su apostilla sociológica sobre la imposibilidad congénita de que un pueblo tan atrasado en lo científico pueda desarrollar ese artefacto–, ha puesto las cosas en su justo lugar. Y la refrencia a los viajes entre planetas sin duda anticipa un próximo viaje a Marte por parte de los científicos norteamericanos, pues es impensable que un pueblo tan atrasado como el ruso se les adelante en esta carrera.

Está intentando analizar Silvestrín el papel del profesor Bezno de Cubil en el local y el suyo propio, cuando de pronto la oscura atmósfera del lugar se ve interrumpida por la familiar sintonía radiofónica del Noticiario de Radio Nacional de España, que se encontraba ya iniciado cuando Silvestrín ha entrado en el local. El locutor, con bien timbrada y masculina voz, anuncia que se crea la Fundación de la santa Cruz del Valle de los Caídos, con la hermosa finalidad de rogar a dios por las almas de los caídos, como su propio nombre indica, por dios, lo que le confiere un carácter circular muy del gusto de Silvestrín, y por España en la cruzada de liberación nacional que lideró nuestro Caudillo Franco, a quién dios guarde muchos años –comentario este último que a juicio de Silvestrín puede ser eventualmente gafe, pues hasta donde llega su conocimiento, nada amenaza la salud del Generalísimo, por lo que solicitar favores innecesarios no es procedente–. Se sobreentiende, aunque el locutor lo explicita, que los beneficios espirituales de tan piadosa fundación no se harán extensivos a aquellos que formaron parte del bando faccioso levantado en armas contra la España nacional, pensamiento éste que tranquiliza a Silvestrín, a quien una eventual mezcolanza de almas blancas y negras, aunque sea en el cielo, desasosiega por un instante.

Después de esta mirífica noticia, el locutor engola la voz y da paso a una lectura que debe ser de particular trascendencia. Anuncia que se acaba de publicar en el Boletín Oficial del Estado un decreto ley de la Jefatura del Estado, por el que se pone freno a la incontestable ilicitud de la prostitución, ante la teología moral y ante el mismo derecho natural, degradación física de las mujeres españolas y envilecimiento moral de aquellos que compran esos favores, que no amores, mercenarios. El recio tono de la voz parece sorprender por un momento a la mujer de detrás del mostrador, la cual, dando un suspiro que eleva un poco más sus pechos, deja caer un vaso que estaba secando y que

se rompe con estrépito. El cura detecta el ruido y se rebule sin llegar a despertarse. El decreto prohíbe la existencia de burdeles en todo el territorio nacional, estableciendo un plazo de tres meses para la clausura de los existentes. La noticia de alcance deja a Silvestrín tan sorprendido que no puede sino quedarse mirando con la boca abierta a la mujer, la cual, ahora, parece considerar con escepticismo la noticia pues se encoge de hombros y musita algo sobre tetas y carretas, comentario de sabor campestre que Silvestrín no llega a entender.

Silvestrín conoce bien el alcance de la palabra burdel, pues en sus lecturas infantiles de Emilio Salgari se topó con ella en una ocasión, momento que aprovechó su ilustrado padre para ponerle al corriente del tipo de actividades que allí se desarrollan entre mujeres de buen corazón y carácter abierto y hombres necesitados de conversación femenina y de que les acaricien las manos, habiendo él mismo frecuentado diversos establecimientos de este tipo durante su campaña en Extremadura para procurarse sosiego espiritual, advirtiéndole no obstante – a la vez que le guiñaba un ojo con maliciosa expresión de complicidad masculina–, que no debía comentar nada con su madre, pues las mujeres virtuosas no entienden de estas necesidades masculinas de casto desahogo – y por eso, cuando un día vió a sus padres y a otras dos familias de amigos en animada conversación en el salón de su casa mientras hacían manitas, comentó con voz bien audible: ‘Vaya burdel que es esta casa’, lo que fue celebrado por todos como una ocurrente gracia infantil en un niño con un amplio vocabulario.

Para concluir, el locutor informa de que el Club de Fútbol Barcelona acaba de derrotar en buena lid y en un encuentro lleno de vibrante emoción –jugado de igual a igual, pero pletórico de fuerza española–, al equipo Estrella Roja de Moscú, en el marco de los campeonatos europeos de campeones de Liga, por el impresionante tanteo de 4-5 y en el marco emblemático para los comunistas del estadio Komsomol de la capital rusa – silabeando rusa, en oposición a soviética, palabra que tiene connotaciones tan sanguinarias que todos los locutores de la radio nacional, así aleccionados por el ministerio del Interior, evitan por comprensible prudencia–. No deja el locutor de señalar con indisimulado orgullo patrio que el Estrella Roja es el equipo del Ejército Rojo, la bien engrasada máquina del terror bolchevique que asoló la Europa civilizada en la pasada guerra, por lo que la victoria balompédica de nuestros colores es doblemente significativa –sólo comparable a la defensa del saliente de Kursk por nuestros gloriosos combatientes de la División Azul, que combatió

en esos mismos lugares junto a sus camaradas alemanes para llevar la civilización cristiana y occidental al mayor número posible de personas-, y les vindica un tanto.

– ‘Visca el Barça’ –no puede evitar decir en alto Silvestrín, cuyo respeto y admiración por la industriosa y ahorrativa gente de Cataluña le ha sido inculcada por su progenitor, región con la que mantiene fluidos intercambios comerciales, siempre satisfactorios por ambas partes. La concesión al habla autóctona de esa región nororiental se la permite Silvestrín de vez en cuando para así mejor recordar el rico acervo de dialectos –la única lengua de nuestra patria es el español o castellano, como siempre le recordaba su maestro de primaria mientras apretaba la regla de madera con la que les castigaba los nudillos hasta que la mano se le ponía blanca–, paisajes y personas que engloba nuestra piel de toro bajo la denominación genérica, aglutinante en la felicidad y fausto en la unidad, de España.

La mujer, que había vuelto impassible al secado de los largos vasos, se gira para observar con detenimiento a Silvestrín. Aunque la faz angelical de Silvestrín le confiere un aspecto más juvenil que lo que su recientemente estrenado carnet de identidad proclama, la mujer debe considerar que su presencia no desmerece del local.

– ¿Vienes recomendado por don Santiago? –pregunta la mujer ante la mayúscula sorpresa de Silvestrín, que con tanta novedad casi se había olvidado de cuál era la razón de su presencia allí. Sin duda, su mentor científico, hombre de recursos, ha hecho saber de alguna manera a la mujer que Silvestrín se iba a acercar hasta el club para llevar a cabo la sagrada misión de recuperar los termómetros de precisión de manos de sus raptos y devolverlos a la protección del Estado, aquí encarnado por don Santiago, en su calidad de director de la cátedra de Termología.

– Sí, en efecto, don Santiago es mi mentor –acierta a contestar Silvestrín, azorado ante la cálida y aterciopelada voz de la mujer, que, ahora que lo piensa, no parece tener ningún acento extranjero, antes bien, un reconocible deje del valle del Pas.

La mujer aprieta entonces un timbre, que se escucha sonar en un lugar profundo y oculto, mientras observa a Silvestrín, que a su vez la observa a ella –con el corazón encogido por la angustia que siempre le invade ante lo desconocido– y a sus turgentes y seductoras formas. Una segunda cortina se descorre al fondo –la misma por la que ha salido Bezno de Cubil– y ante Silvestrín tiene lugar la más perturbadora visión que le haya sido dable presenciar a lo largo de su corta

vida adulta –es decir, desde que tiene carnet de identidad–. Una mujer de blanquísima tez y oscuro cabello largo que le llega hasta el pecho, con el flequillo cortado recto justo encima de las cejas, y los labios pintados de un provocativo color rojo claro, cuyo brillo sensual confiere volumen a su boca provocadoramente generosa, ha aparecido al descorrerse la cortina. Su cuello está adornado con un ancho brazalete de cuero del que cuelga una anilla de acero que refulge bajo la precaria luz del salón. Lleva un corpiño, éste de cuero plateado al que cuatro grandes hebillas con su correspondiente pasador ciñen a su bien torneado cuerpo –como no puede menos que reconocer en justicia Silvestrín, para quien la posibilidad de pasar un rato en animada conversación con esta mujer le empieza a parecer excitante–, mientras deja desnudos unos muslos blancos cubiertos de transparente seda negra. Las altas botas de caña, semejantes a las que utiliza su madre en los días de lluvia, pero más brillantes y que le llegan a la mujer por encima de las rodillas, le confieren un aire deportivo. A mitad de su muslo derecho –ebúrneo y torneado, observa Silvestrín con precisión de entomólogo, en consonancia con sus rotundas caderas–, el aro de cuero que lo ciñe lleva sujeto un látigo de varias puntas, instrumento que ha visto utilizar en su pueblo para arrear a los burros, pero que no consigue entender qué utilidad puede tener para esta mujer y en este entorno de libación de líquidos alcohólicos. La visión de la cara de la mujer, de gran parecido físico con su hermosa Basilia, está a punto de hacer huir a Silvestrín.

Sin embargo, el detalle anatómico que más llama la atención de Silvestrín son sus altos pechos, embutidos en su mitad inferior en sendas copas de cuero que los rodean con fiera determinación, y cuya mitad superior, o casi, lucen marfileños y tersos. Esta parte de la anatomía femenina es la que siempre la ha llamado más la atención, aunque no termina de racionalizar cómo instrumentos diseñados por la naturaleza, es decir, por dios, para llevar a cabo tan altos fines maternos como son amamantar a la progenie, despierten tal interés por hombres adultos, incluyéndole al él mismo, cuya visión del pecho –pudorosamente cubierto, eso sí– de Basilia le perturba sobremanera.

– Amigo de don Santiago, y conoce la contraseña –dice la mujer tras el mostrador a la dueña del látigo mientras señala con un golpe de cabeza un escudo del Real Madrid bien visible, el campeón de Europa–. Tratamiento especial de primerizo –añade ante la sorpresa de Silvestrín, desconocedor de que la vocación de don Santiago como mentor de jóvenes promesas de la física nacional se extendiera a estas

mujeres.

– Pasa pichón –dice la mujer del traje de cuero, a la vez que retira completamente la cortina y se orilla para dejarle pasar. Se levanta Silvestrín raudo de la mesa y confiado en que la mujer conozca los entresijos del lugar y en que un pausado intercambio de información le permita recuperar sus ansiados termómetros, Silvestrín se interna resuelto, bajo la benévola advocación de don Santiago, en el oscuro pasillo.

Cuando apenas ha recorrido diez metros a lo largo del corredor, siente con terror cómo una mano le atrapa por su fuerte biceps y le introduce sin resistencia posible por su parte en una habitación, tal es la fuerza del energúmeno que le ha atrapado. Sin mediar palabra, un oscuro y enorme mocetón aprovecha que la boca se le ha quedado momentáneamente abierta para introducirle una esfera de caucho en la boca a la vez que con la ayuda de la mujer de cuero le ciñen las muñecas con unas esposas de auténtico acero de Eibar –industrial ciudad vascongada, orgullo de la industria manufacturera, entre otras, de las pequeñas piezas industriales relacionadas con el encadenamiento–. Forcejea Silvestrín, pierde el estuche de sus termómetros, felizmente vacío, pero entre el hombre y la mujer logran colocarlo con algún esfuerzo –aunque él no se resiste, confiando en el buen criterio de don Santiago y debido a que se ha quedado paralizado por la sorpresa– sobre el colchón que hay sobre una cama de recio cabecero metálico, a la vez que tiran de sus brazos para dejárselos inmovilizados con unas segundas esposas al cabecero. Ni siquiera tiene tiempo de pensar, cuando ya la mujer ha inmovilizado sus piernas atándolas juntas y ambas al somier de acero por medio de una recia cuerda de esparto. Atado cual longaniza, y sin poder articular palabra debido a la pelota blanda que tiene en la boca, observa Silvestrín que el mozo que le ha reducido abandona la estancia.

Con un esfuerzo supremo gira Silvestrín la cabeza cuando observa horrorizado que la mujer le desabotona sus pantalones –sin esfuerzo aparente y con envidiable habilidad le ha desabrochado el cinturón de cuero–, con sorprendente destreza, y los desliza con un empujón seco junto a sus canzoncillos hasta más abajo de sus corvas. Su blanco, pero duro trasero –sólo visto en su plenitud por su progenitora y por el practicante del ambulatorio cuando le puso unas inyecciones contra aquellas erupciones purulentas–, queda al aire y expuesto a la femenina visión. La alteración de los sentidos de Silvestrín está a punto de alcanzar un máximo histórico cuando comprueba con un

horror que pensaba iba a ser incapaz de alcanzar nunca que la mujer extrae el látigo utilizado para arrear pollinos del aro de su muslo y lo descarga sin consideración sobre sus turgentes glúteos, que se tensan en un movimiento reflejo. La mujer le pondera con sorpresa la recia consistencia de sus nalgas, a la vez que unas hermosas listas rojas filetean sus glúteos todos.

Las lagrimas surgen incontenibles en los ojos de Silvestrín, mientras la mujer – a la que el esfuerzo físico desplegado ante la reciedumbre de los duros y jóvenes glúteos de Silvestrín ha dejado al descubierto ambos senos, perfectos en su cónica prestancia y decorados en su extremo por areolas en cuyos centros destacan dos erectos pezones atravesados por sendas anillas de acero, como no puede menos que observar Silvestrín con la boca bien abierta, aunque involuntariamente–, continúa. insensible a los apagados gemidos de Silvestrín, con los azotes. Y ante su sorpresa mayúscula, el parecido de la mujer con Basilia va ganando en intensidad a la vez que continúa con su actividad azotatoria, lo que induce sobre su cuerpo una serie de movimientos involuntarios que afectan a su colita, término coloquial que doña Virtudes también utiliza a veces para referirse a lo que el simpático zapatero republicano –que estuvo en la batalla de Guadalajara y la cuenta riéndose a carcajadas– que les arregla los zapatos, denomina miembro viril cuando alguna vez ha surgido en la conversación entre hombres el tema de los movimientos involuntarios de la colita. El así denominado miembro viril, ejerciendo la misma autonomía que a veces le acontece a Silvestrín cuando está bañándose y se acuerda de Basilia, empieza a crecer, él lo nota, como si tuviera voluntad propia, lo que achaca al efecto circulatorio que está teniendo sobre todo su cuerpo la actividad gimnástica de la mujer sobre sus nalgas. Embarazado por tan inesperado proceder, pues sabe que no es de buen gusto mantener el miembro viril enhiesto ante una señora –así se lo ha comentado su progenitora cuando al venir a lavarle la espalda ha observado que la colita de su retoño luce lozana cual lanza gallarda–, Silvestrín intenta ocultar su nuevo estado horizontal, pero el roce con el colchón hace que su miembro aumente todavía más de tamaño a la vez que experimenta lo que turbadoramente reconoce como un inicio de placer satisfactorio.

Los movimientos sincopados de la mujer mortificando sus nalgas y su propio movimiento contra el colchón dan lugar a un crescendo de incontrollable refocile por parte de Silvestrín que acaba en una efusión de materia seminal, algo que sólo le ha ocurrido, y de forma

totalmente involuntaria, un par de noches en que en sueños evocaba la dulce y virginal imagen de Basilia. Esta vez el estallido ha venido precedido de más prolegómenos, ha sido más prolongado, y para sorpresa de Silvestrín, mucho más placentero, tal vez debido a la visión entre sus ojos lacrimosos de la faz inocente y hermosa de la propia Basilia. El perceptible cambio que la cadencia de los apagados jadeos que Silvestrín ha experimentado, ha sido notado por el oído experto de la mujer, que cesa en sus actividades favorecedoras del flujo sanguíneo.

Libra ella a Silvestrín de sus ataduras, y este se incorpora como buenamente puede, consciente del acusado contraste entre la laxitud que su cuerpo todo experimenta y el calorcito que emana de sus gluteos doloridos, que apoya con cuidado en el borde del colchón. No se atreve ni a preguntar por los termómetros.

— No hace falta preguntarte si te ha gustado —dice la sosia de Basilia, que luce sudorosa por el esfuerzo—. Se ve que eres de la escuela de don Santiago —sigue diciendo la mujer, sin duda también pupila de su propio mentor—. Y hermosos veinte centímetros, dignos de encomio, que espero volver a ver pronto por aquí, que parece que tienes buena madera. —añade enigmática la culta mujer cuando él se ha puesto en pie y procede con premura a subirse los pantalones—. Son cien pesetas por el servicio —concluye ella extendiendo la palma de la mano abierta.

El amago de protesta de Silvestrín por tan desmesuradamente cara maniobra de iniciación, se ve truncado por la entrada en la habitación del racio mocetón que le ató previamente, sin duda alertado por la falta de sonidos guturales provenientes de la misma. Busca Silvestrín en sus bolsillos, pero sólo puede presentar una moneda de cinco duros con la efigie del Caudillo y que su madre le ha dado esta mañana para compras diversas de material escolar —y de la que debe devolver dos duros—. Cuando la faz malencarada del moreno y el crujir de nudillos de sus manos promete una sesión menos agradable que la anterior sobre su cuerpo, se acuerda Silvestrín de que en el interior de su cartera guarda un billete de cien pesetas nuevecito que su padrino le regaló por su primera comunión. Extrae su cartera del bolsillo trasero de su pantalón, y el roce con la nalga le recuerda que es por eso por lo que va a pagar. Saca el billete y se lo cede al mocetón, que lo observa encantado. Recoge él con pesadumbre, pero aliviado, el estuche de los termómetros.

Mohíno, abandona Silvestrín la habitación, tan dolido en su cuerpo como en su dignidad por no haber sido capaz de entender

el críptico mensaje que hay escrito sobre la caja de cerillas que dejó Abelardo Depecho en el bolsillo de su bata, objeto que él aún tiene en su poder. Nada más abandonar la habitación vuelve a leer el mensaje. Las diez de la mañana ya ha mucho que han sido vencidas, y el no haber encontrado sentido al enigmático acrónimo H17 le duele casi tanto como su trasero. Se gira pensativo hacia la puerta de la habitación en la que ha pasado los veinte minutos más extraños de su vida, y observa con sorpresa que en ella hay clavados una letra y dos números en grandes caracteres metálicos en relieve, H13. Da gracias al cielo por señalarle el camino, pues intuye que Abelardo ha quedado citado en esa habitación, y se dirige presto a ella.

Abre con fiera determinación la siguiente puerta y comprueba que una mujer vestida como la doncella de su casa, aunque mucho más joven, parece cabalgar sobre un caballero de amplio mostacho y cuyo uniforme militar, –teniente coronel de infantería, según reconoce el ojo experto de Silvestrín–, está pulcramente colocado sobre un secretario. Ante los gritos de ambos, cierra la puerta con la misma rapidez con que la abrió y comprueba que se trata de la H15. Continúa con el corazón latiéndole a mil por hora, y abre con rapidez la puerta de la H17.

El espectáculo que contempla es conmovedor. Sobre la cama yace inerte y boca abajo el cuerpo de Abelardo. Se acerca Silvestrín a él con una rapidez y desprecio de peligro que no reconoce en sí mismo, y pegando su oído a la boca del yacente, comprueba que todavía vive. Le han golpeado en la cabeza con algún objeto contundente, pues luce fenomenal chinchón en la frente. Pero ante el apremio de Silvestrín, que le agita sin ninguna consideración hacia su estado, recupera una sombra de consciencia, pues gruñe y se agita. En su mano derecha aprieta uno de los termómetros que han sido robados. El mozo apenas puede articular palabra y no cede el termómetro cuando Silvestrín intenta recuperarlo, tal es la fuerza con que lo aprieta. Abofetea con fuerza Silvestrín a Abelardo para que éste se espabile y después de varios sonoros y contundentes sopapos consigue que el durmiente abra los ojos y le reconozca.

– El consejo de la facultad, el consejo de la facultad–acierta a musitar Abelardo, sólo para sumirse en un nuevo sopor.

Vuelve Silvestrín a aplicar la terapia reanimadora anterior, aunque aumentando la dosis, y Abelardo abre los ojos como platos a la vez que gime. Mira de nuevo a Silvestrín.

– A las once, el consejo de la facultad, el hideputa de Bezno, que

se ha llevado mi atado de termómetros –dice enigmático Abelardo con un esfuerzo supremo que le deja exangüe. Echa la cabeza hacia atrás y libera por fin el termómetro para llevarse las manos a la cara, que roja como un pimiento, le arde. Sólo la agilidad felina de Silvestrín consigue coger en el aire e in extremis el termómetro de vidrio que iba a precipitarse contra el embaldosado, destrozándose sin duda en la caída.

Con el corazón todavía angustiado por la posibilidad de perder tan preciosa pieza, Silvestrín lo asegura en su hueco del estuche. Es un termómetro de -10 grados centígrados hasta 50 grados centígrados calibrado con precisión de décimas de grado, una joya de la artesanía científica heidelbergensis. Con el termómetro a salvo, contempla el desmadejado cuerpo de Abelardo, que respira quedamente. Repite Silvestrín en alto las últimas palabras del bedel, pero no logra percibir su sentido cabalístico y último. Mira su reloj y comprueba que son en ese momento las once menos quince minutos.

Sale rápido de la habitación, busca la salida del pasillo y llega al pequeño bar que sirve de sala de espera a los parroquianos. Ee hora de volver a la facultad. Al abandonar el club ‘El loro azul y carmesí’, con el cuerpo dolorido por delante y por detrás y con el espíritu decaído, la mujer detrás del mostrador le despide.

– Saludos a don Santiago –dice ella dirigiéndose a Silvestrín–. Dígale que a partir de las próxima semana nos trasladamos a las afueras. El Gobernador Civil le informará oportunamente de nuestra nueva dirección comercial –concluye ella, entregándose con pereza a la limpieza de vasos.

La familiaridad con que la hermosa mujer cita a nuestras más altas autoridades civiles y científicas, que parecen bienvenidas en este selecto club, y la acogedora atención que dispensan a las autoridades militares, sorprenden a Silvestrín.

– ¿Pero cómo sabía usted que yo venía de parte de don Santiago? –pregunta todavía confundido Silvestrín.

– Pues, hombre, por la contraseña ‘¡Visca el Barça!’, que sólo aquel que ha hecho del sufrimiento *light* –dice ante el asombro de Silvestrín por su dominio de la lengua de la base militar de Rota–, infligido por suave y femenina mano su vehículo para acceder a placeres más elevados puede proferir en este establecimiento madridista hasta las cachas –contesta señalando de nuevo el escudo del Real Madrid en el que Silvestrín ya había reparado con anterioridad.

Y en medio de la amimada charla con la rabiza, Silvestrín lo

recuerda. A las once en punto se va a celebrar un consejo de la facultad de física de alcance histórico. ¡Pues claro!, se dice Silvestrín, ese es sin duda el consejo al que se refería Abelardo. Pero, recuerda con horror, él no puede asistir al mismo, pues los alumnos no tienen representación en los consejos de la facultad, coherente actitud en la democracia orgánica en la que vivimos bajo la paternal tutela del Caudillo. No sabe qué puede encontrar en ese consejo en relación a sus termómetros, pero el inconsciente Abelardo se ha referido al profesor Bezno de Cubil, que sin duda estará en él. Así que de nuevo dirige sus pasos hacia la facultad, contento de haber recuperado un termómetro y turbado todavía por la intensa experiencia vivida.